

Desde la Torre

Marzo 2025

SABER CONTAR

Una de las fuentes de malestar en medio de la *melée* nace de la observación de cómo ciertos objetivos políticos no sólo no mejoran la vida, sino que pueden llegar a atraparla en medio de una novela bizantina. Es el caso, para muchas familias, del adoctrinamiento y educación deficiente de sus hijos. Trataremos aquí una de sus posibles causas últimas: la escasez de niños, ya que ésta los hace convertirse en algo realmente valioso a los ojos de los agentes políticos.

Es adecuado abordar este tema desde la distancia y la altura, entre otras cosas, porque no sólo está relegado por la agenda política, sino que su sola mención está censurada bajo la acusación de “natalismo”. Incluso tiene su propia teoría conspiratoria que sirve de espantapájaros, llamada la “gran sustitución”, que plantea que la baja natalidad de los occidentales es parte de un plan de quienes manejan los hilos del mundo.

Incluso en cierto país cuentan el chiste de tener una “Secretaría para el reto demográfico” subordinada a un “Ministerio para la Transición ecológica”, algo muy adecuado para meter el problema bajo una alfombra verde.

Por plantear el problema en pocas palabras, los países occidentales están siendo incapaces de fomentar la formación de familias jóvenes y estables que quieran y puedan tener hijos y criarlos. Tampoco encuentran una forma alternativa, ya sea utópica o distópica, de hacerlo. No se tratarán aquí los distintos factores que intervienen en este problema, que no reto, porque como se ha dicho, nos centraremos en una derivación: el inútil pero molesto intento de, dada la falta de hijos propios, enculturar a los hijos de los demás.

La imposición de la lengua del grupo dominante, pero no más numeroso, y el adoctrinamiento en la ideología del gobierno de turno son ejemplos de ello. Se olvida, sin embargo, la afirmación que Heródoto pone en boca de Otanes al defender el régimen democrático: “en los muchos está todo” [τῶ πολλῶ ἐνὶ τὰ πάντα]. Es absurdo creer que un grupo cada vez más reducido pueda imponer indefinidamente su forma de ver la vida y las relaciones sociales a quien le supera en número, excepto mediante la violencia. Y así, vivimos en una casa dividida donde la educación reglada es objeto de lucha.

Los niños son las grandes víctimas de este exceso de interés en sus ideas, creencias y filiaciones, que sustituye y estorba los fines que la Ilustración marcó para

la educación infantil -las competencias básicas, como el cálculo y la escritura, y, ante todo, el desarrollo armonioso de la personalidad-, hasta el punto de hacer de la escuela una de las causas de exclusión social.

A menudo podemos leer entrevistas a docentes orgullosos de cambiar la lengua en que los alumnos se expresan o de hacerlos partícipes de alguna reclamación política para observar cómo los alumnos son considerados medios, y no fines en sí mismos. Pero también el natalismo los trata como medios para preservar la propia cultura mediante el número.

Nos queda entonces preguntarnos si el número es la condición material de la actividad política, democrática o no, o si es tal vez su fuente legítima o no. Cabe preguntarse también por la frontera entre educar e instruir y sobre cuáles son las ocasiones y los límites de la intervención política en la educación. Como mínimo, sería un detalle respetar a los niños y ayudar a las familias que los crían.